

Domingo de Pentecostés



19 de mayo de 2024

Hech 2,1-11

Sal 103

1Cor 12,3-7.12-13

Jn 20, 19-23

P. Eduardo Suanzes, msps

El Espíritu Santo es causa de vida nueva; realiza una nueva creación en la persona que lo posee, rescatándola del caos, de la oscuridad y el desorden. Una creación que es mucho más espectacular y grandiosa que la que dio origen al Cosmos, allá en los albores de la historia. Mucho más definitiva y crucial que cuando Dios mismo sopló sobre el barro para crear al ser humano, como nos dice poéticamente el relato del Génesis en el episodio de la creación del hombre, creándolo a su imagen.

Esta nueva creación del Espíritu en nosotros es silenciosa y callada, pero infinitamente más importante que la creación del mundo, porque la obra del Espíritu Santo, como es el Espíritu de Jesús, es hacer presente a Jesús, engendrarlo *realmente* en los corazones (como diría San Agustín¹). Se trata de engendrar a Jesús. Por eso podemos, desde Él decir, con propiedad, al Padre *Abbá*, como lo hacía Jesús.

Jesús, en el Evangelio de hoy al mostrarse a sus discípulos, no les impone sus manos ni los bendice, como hacía con los enfermos y los pequeño, sino que, «*exhala su aliento sobre ellos y les dice: Reciban el Espíritu Santo*». Ahora el barro son los discípulos, la nueva creación se ha producido pues han recibido una nueva vida: la misma vida de Jesús. Todos, absolutamente todos, somos barro, es decir, somos pequeños, poca cosa... Pero animados por el Espíritu de Jesús somos barro alentados por el Espíritu de Dios. Esta es la nueva condición humana, el hombre acabado, el hijo de Dios. Así supera el hombre su condición de barro, de «carne», es decir, la de lo débil y transitorio, pues esa «carne», ese barro queda asumido y transformado por el Espíritu, la fuerza divina que capacita al hombre para darse generosamente a los demás, como Jesús². Por eso Jesús nos envía: «*como el Padre me envió así les envió yo a ustedes*». Tenemos la misma misión de Jesús, porque tenemos su mismo Espíritu.

El Espíritu Santo hace que nuestro verdadero ser, aquel que es imagen de Dios, quede restaurado, regenerado, haciéndolo salir del caos y la oscuridad en que estaba sumergido, haciéndolo surgir de sus heridas para que estas no le dominen nunca más. El trabajo de la gracia, es decir, de esa misma vida divina en nosotros, es hacer que emerja de las profundidades de las aguas nuestra realidad nueva, la original, y que quede destruida aquella que nos hacía esclavos, y así capacitarnos para la misma misión de Jesús. Ahora somos libres para siempre y nada ni nadie nos podrá privar de la libertad. En Pentecostés el

¹ Cfr. San Agustín, Sermón 215,4.

² Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

Espíritu sobrevuela ahora, en esta nueva creación en nuestro interior, las aguas del caos de nuestro hombre viejo, del desorden. Terminar la creación dándonos el Espíritu, y con él la capacidad de amar hasta el extremo, es lo que nos libera del pecado del mundo, pero no para sacarnos del mundo, sino para sacarnos de la esfera de la opresión. La experiencia de vida que da el Espíritu es la verdad que nos hace libres, sacándonos de la esclavitud para entregarnos con libertad al ser humano.

Dios no es nunca más ese ser lejano y distante, que habitaba en las altas montañas, que se mostraba en el rayo, la nube, el fuego y que su voz se oía como el trueno: ahora es mi *Abbá*, mi Padre querido. Desde ahora no existe un lugar más cercano donde me pueda relacionar con Él, porque estoy en el centro de Su corazón y Él está en el centro del mío. Ahora, la zarza ardiente está en mi corazón: ése es ahora el lugar sagrado, donde he de descalzarme, he de inclinarme para entrar en él: ahí se produce la manifestación de su gloria.

Desde ahora, también mi hermano es lugar sagrado; él es la tienda de reunión donde Dios me convoca para ser encontrado. Desde que el velo del Templo se rasgó con la muerte de Jesús³, es ahora mi hermano quien se ha convertido en ese velo que da acceso al Santo de los Santos; por él y a través de él me encuentro con el Arca de la Alianza, el Arca de la Nueva Alianza: Jesús, Dios con nosotros, el Emmanuel.

Pero el Espíritu llega a nosotros acomodándose al ser de cada uno. El Espíritu nunca supone violencia alguna. No lleva a la uniformidad, sino que potencia la pluralidad. Pablo lo vio claro: formamos un solo cuerpo, pero cada uno es un miembro con una función diferente pero útil para el todo.

Es el Espíritu Santo quien hoy se nos derrama de lo alto en nuestros corazones, el que nos enciende, si consentimos, ardiendo con el mismo amor que es Él mismo; pero necesitamos consentirlo, quererlo, desearlo. Hoy hay que nacer de nuevo.

³ Cfr. Mt 27,51